

LA POLI-CÍA
Víctor Meza
23 de septiembre de 2009

¡Quién iba a creerlo! Vaya bobería, pensar que la policía, dizque nacional, iba a comportarse como tal, como una fuerza nacional, identificada con la llamada “hondureñidad” (esa variante tropical de la “negritud”, que proclamó en África, en los años sesenta del siglo pasado, el presidente senegalés Leopold Sengor), con su pueblo y su identidad. Pues no. Se ha comportado como lo que es, como un apéndice sumiso y obediente del ejército de ocupación, que tenemos aquí disfrazado de Fuerzas Armadas. Porque esa es la verdad: los generales hondureños no son más que los jefes de un ejército de ocupación, de una multitud atropellada de hombres armados dispuestos a reprimir y agredir a su propio pueblo. No son – nunca lo han sido – una fuerza real para defender el territorio nacional y garantizar la soberanía de Honduras, que es la única y verdadera función que deberían tener en una sociedad democrática.

La policía, hoy más que nunca, se ha convertido en un instrumento dócil, manipulable y desechable en manos de los generales golpistas, esos cuatro o cinco generales que viven contentos, en medio, como suele decirse, de un descontento general.

Una vez convencidos de esta realidad, preguntémosnos: ¿qué hicimos mal? ¿en qué nos equivocamos al organizar el traspaso de la policía, de la matriz castrense al ámbito civil gubernamental? ¿en qué fallamos al gestionar el tránsito de un cuerpo de seguridad pública desde su origen militar hacia la nueva dimensión institucional?

Nos equivocamos en algo muy fundamental, en confundir el traspaso con la creación. No se trataba de traspasar la vieja policía a los nuevos moldes institucionales del recién creado Ministerio de Seguridad. Se trataba, en esencia, de CREAR una NUEVA POLICIA, de repensar los criterios y conceptos sobre el “sector seguridad”, de diseñar un novedoso modelo de seguridad pública, basado en la idea de una nueva ciudadanía. Esa es la clave del error.

Aceptamos el traspaso, como una fórmula viciada de transición, un método “tradicional” de solución negociada. Fue un error. Un gravísimo error. Había que aprovechar la coyuntura especial, en 1998, año de la transición formal de los policías del ámbito militar al espacio civil, para sentar las bases de una nueva Policía, un imaginativo diseño de los conceptos de orden y seguridad, una concepción diferente de la política de gobernabilidad ciudadana.

Al crear una NUEVA institución - el Ministerio de Seguridad -, la dotamos de un VIEJO instrumento, la Policía Nacional, dizque civil. Por lo tanto, invalidamos al “nuevo órgano” con una “vieja herramienta”, lo anulamos en su funcionalidad orgánica. O, en otras palabras, le dimos a la nueva institución un aparato viejo y, por lo mismo, la condenamos a la esterilidad funcional, al fracaso. Y eso, exactamente, fue lo que sucedió.

La actual policía no es otra cosa que el fruto natural del desarrollo irregular y deformado de la vieja matriz policial, la matriz castrense. Y, por eso, se comporta como lo está haciendo: como una congregación de gendarmes inconscientes que reprimen a su propio pueblo con

la furia y la bestialidad que caracterizan a los ejércitos de ocupación. Al derivarse de un ejército semejante, no tienen más opción que actuar como tales: son una policía derivada, apéndice, de un ejército de ocupación.

¿Qué conclusión debemos sacar de esta situación? Una sola: hay que rediseñar la “vieja policía”, dotándola de un liderazgo civil experto y fuerte, con una Ley Orgánica apropiada, la subordinación debida y, sobre todo, la educación profesional adecuada para que aprendan de una vez por todas que son una institución civil, que son funcionarios públicos, al servicio de la ciudadanía y, en especial, al servicio de la seguridad y la vida de la gente. El respeto a los derechos humanos es, para los policías, lo mismo que la independencia es para los jueces y los periodistas. Un policía corrupto y abusador es el equivalente de un soldado cobarde en la guerra o de un periodista tarifado en la batalla de la información.

El golpe de Estado, señores, señoras y señoritos, nos ha dado la gran oportunidad de rediseñar estos modelos de seguridad y defensa que el país cuestiona y la sociedad reclama reformar. ¡Vaya ironía la que la vida nos ha planteado!